FARO ORIENTAL

AÑO III — NÚMS. 25 Y 26

ENERO Y EEBRERO DE 1914

«No hay religión superior a la verdad.»
(Divisa de los Maharajás de Benarés.)

Pláticas breves

Sobre el tema de meditación inserto en el número anterior.

Ama tus creencias todo lo posible, pero no permitas que arrullen el sueño de tu razón.

Ante todo: ¿qué es una creencia?

En cierto sentido, un conocimiento provisorio.

Cuando un conocimiento no aparece claro a nuestra comprensión y sin embargo algo nos advierte que su contenido íntimo nos interesa, hacemos de él una creencia, esto es, lo arrancamos al olvido con la esperanza de interpretarlo algún día, y si nos parece que la intuición se ha anticipado en mucho a la inteligencia y que ésta jamás entenderá lo que aquella siente, entonces tenemos a la creencia en tanto mayor aprecio porque transportando el ideal a mayor altura es una razón para que avancemos más rápidamente. De ahí se sigue que cuando una creencia es dogmáticamente formulada y como

dogma admitida, pierde todo su valor porque en vez de ser una atracción desde lo alto para la mente, se convierte en una jaula que la aprisiona.

Las creencias no pueden por lo tanto ser otra cosa que la expresión de las intuiciones personales más allá del conocimiento adquirido o cercanas al conocimiento por adquirir; en este sentido son para la mente un precioso punto de apoyo y una condición eminentemente progresiva; dejan de serlo en cuanto se conviertan en la imposición que desde fuera establezca una escuela o una iglesia.

Hay otra acepción: la creencia consecutiva a la evidencia. En este último sentido, lo peor que a una creencia pueda ocurrirle es llegar a lo definitivo, e igualmente en la primera acepción consignada, la definitividad no es menos funesta. Llegamos a lo definitivo tanto cuando hacemos de lo incomprensible un dogma inmutable, como cuando nos parece haber comprendido un conocimiento de una manera perfecta y absoluta, dando por aceptado que es una verdad.

El saber humano tiene indudablemente sus partes fijas, sus cimientos sólidos en algunos principios invariables que se comprenden bajo la denominación general de Matemáticas Puras, pero hasta con respecto a ellos es más útil y conveniente la actitud del investigador que quiere penetrar su esencia como si pusiera en duda su exactitud, que la del que se vale

de tales principios sin penetrar su contenido a la manera de un mozo de cordel que gana su salario transportando cajones y baúles cerrados sin saber lo que adentro tienen. Fuera de estos principios sólidos que constituyen el esqueleto de la ciencia, los conocimientos forman un organismo que muere parcialmente a cada instante y a cada instante parcialmente renace; una persistencia relativa caracteriza ciertas células, mientras otras son objeto de vertiginosa renovación, y cuando los elementos nobles *que son aquellos en los cuales reside la actividod funcional*, son sustituidos por los elementos yertos del dogmatismo, esto es, de lo definitivo, enférmase la filosofía de una grave esclerosis, e igual entumecimiento sufren las facultades de los pensadores.

Es la razón el artífice que ha de usar de los conocimientos y estos son las herramientas que se gastan y hay que afilarlas de nuevo; que se rompen en algunas de sus aplicaciones y hay que renovar con otras mejor templadas. Esta imagen deja un tanto mal parados a los coleccionistas de conocimientos que los clasifican y distribuyen como los objetos de un museo para que queden allí inmóviles, admirados por el respeto de los espectadores que no se atreven a tocarlos.

Y si concebimos los conocimientos como algo provisorio, que está en uso o función; ¡con cuanto mayor motivo podría decirse otro tanto de las creencias!

Dándolas por definitivas y no *usándolas* con nuestra razón, no hay modo de comprobar la certeza que contengan nf descubrir si son falsas. Y desde el momento que una creencia se va a admitir porque sí, sin que la razón la haya aceptado tras un examen, ya importa poco que la vaciedad sustituya al simbolismo, o el absurdo reemplace a la verdad. Ahí tenéis una caja que nadie ha de abrir, y de cuyo contenido nadie usará; si está llena de diamantes o de cieno ¿qué importa? Análogamente el contenido de las creencias tiene valor tan solo cuando éstas son útiles, materiales que la razón va a emplear. De lo contrario, importaría poco que expresaran verdades o errores.

Los conocimientos científicos a su vez, no deben ser tratados más que como creencias. Su verdadero valor consiste en que sean el punto de apoyo sobre el cual la Mente posa un instante el pie para seguir adelante.

La Mente que pueda estacionarse en una creencia invariable no es un ser vivo que marcha, sino una estatua inerte fija en su pedestal.

Es provisoria la creencia, como lo es la gestación, como lo es la lactancia; hemos de amarla como amamos a nuestra madre, pero ni el amor filial nos condena a ser eternamente niños, ni hemos de dejar que arrullen las creencias el sueño de la razón.

Nuestra razón, viva. despierta y en mar-

cha, estimando la creencia como una hipótesis que presuntivamente contiene a la preciosa verdad; jamás dirá: La verdad está en el dogma, quede pues, yo en el letargo¡ . . . . . .

Tema de meditación

Razón: ¡te libertamos para que nos libertes!

Adda Nari

Símbolo Indio de la Naturaleza

(Explicación de la lámina XVI)

Los orientalistas que han descrito el símbolo hindú de Adda Nari vieron en ella una gran semejanza con la egipcia Isis, tanto que con frecuencia al recorrer sus escritos, hállanse frases como éstas: Adda-Nari, la Isis de los hindús. No obstante el emblema indio tiene un aspecto original, relacionado con la sutil metafísica de los antiguos Arios.

Para mejor inteligencia se ruega al lector tener a la vista la figura publicada en el número anterior, página 207.

Adda Nari es una mujer que está de pie; tiene cuatro brazos, y del centro de

su cabeza brota un surtidor de leche, que describiendo hacia Oriente su parábola da orígen a un río, el cual describe a su vez una elipse y retorna al punto de arranque.

Tendidos a sus piés un tigre y un buey simbolizan respectivamente la fuerza ciega y la fuerza sometida a la inteligencia. El buey acostumbrado a inclinar su cabeza bajo el peso del yugo, ve el río de vida que corre a sus pies; no así el tigre soberbio cuya mirada desafía el cielo. El hombre que subordina sus impulsos a la meditación y a la devoción por su ideal, desarrolla un esfuerzo útil para si mismo y para los demás; el que desatentado, rebelde, indómito es incapaz de someter a la consciencia su energía, causa únicamente daño y halla al fin su propia destrucción. Por eso, «del lado del buey» pende como trofeo horrible una piel de tigre, cuya cabeza exangüe y sin vida proclama la definitiva derrota del mal.

Del lado del tigre tiene Adda Nari el rostro y el seno cubiertos con un velo: es el misterio de la Naturaleza, impenetrable para el que no ha sabido dominarse a sí mismo. En cambio hacia Oriente, Ella muestra sin velo el rostro radiante; el seno desnudo. El iniciado puede contemplarla sin velo porque sus ojos son incapaces de profanarla.

Una serpiente arrollada en torno del cuello representa lo que los kabalistas llaman el gran agente mágico o también la

Luz Astral, mientras que las dos serpientes que se sostienen en uno de los brazos, representan la bi-sexuación; en un sentido más general, las leyes de la polaridad.

Los cuatro brazos ostentan los emblemas de los elementos. El que sostiene las serpientes de que hemos hablado, lleva en la mano el símbolo de la Tierra fecunda: una rama con tres hojas, y la posición de dicha mano hace el signo magistral del esoterismo, como explicaremos en el próximo número. El otro brazo correspondiente al mismo lado, sostiene un cáliz, emblema del agua, condición indispensable de la fecundidad y tiene además cinco brazaletes recordando el sagrado pentagrama de los magos que está relacionado con el místico simbolismo de la redención.

Los otros dos brazos situados «del lado del tigre» ostentan respectivamente un símbolo del fuego (el puñal) y otro del aire, un aro. En estos brazos pueden contarse nueve brazaletes distribuídos en grupos de tres que expresan las diversas etapas de la manifestación por triunidades. Recuérdese que los kabalistas han llamado al nueve, número del misterio. En el fondo, el misterio del número nueve, podría expresarse completando el aforismo fundamental de la Tabla de Esmeralda, en esta forma: «Como lo de arriba así es lo del medio; como lo del medio así es lo de abajo», significando que la ley ternaria tiene expresiones equivalentes en los tres mundos; a saber: de los principios, de las leyes y de los hechos.

Penden del cuello de Adda Nari cuatro collares recordando la tétrada pitagórica; los tres más altos son los tres mundos superiores: De la Consciencia inmanente en el Todo, de la Vida y de la Forma.

El cuarto collar expresa la doble realización de todos estos principios en la serie escalonada de las existencias individuales: doble realización porque en Oriente, siendo conocida la reencarnación, cada ser puede consagrarse de una manera deliberada a preparar en cada encarnación, otra mejor; mientras que en Occidente se hace de cada vida un hecho aislado, y la influencia que unas encarnaciones tienen sobre las otras, se produce fatalmente y sin que el hombre que ignora la reencarnación, pueda trabajar de un modo deliberado en su porvenir. ¿Qué valor podrá atribuir a las experiencias acumuladas, el ser que espera después de la muerte la aniquilación absoluta? ¿Y el que cree en una gloria eterna o en un infierno sin fin?—Por esto el cuarto collar de Adda Nari se compone de cabezas humanas en su mitad oriental, simbolizando la sucesión de inteligencias en evolución ascencional y del lado de occidente la cadena se compone de férreos eslabones.

En síntesis, la Naturaleza en todas sus manifestaciones expresa grados y modos de reacción entre dos grandes tendencias que pueden llamarse, dentro del vocabulario corriente: construcción y destrucción. Ella en sí misma es Perfectibilidad la cual va efectuándose por la actividad funcional

que no es ni puede ser otra cosa que la reacción de los opuestos.

Los lectores que deseen encontrar una explicación más amplia pueden recurrir a la obra de Jyotis Prâcham: El Misterio de la Vida a la Luz del Orientalismo.

Ideas y observaciones de Don Joaquín Carbonell

(Continuación)

La forma armónica de la materia, semeja las cartas acoplables en cierto juego de naipes, en que, no quedando ninguna sin parear, queda *libre* el jugador y ganancioso.

De esto, se podría deducir, que la forma armónica absoluta, no puede existir manifestada, y que todo lo más, existe en germen.

Lo que en lo físico seríamos aptos para percibir, serían solamente los términos *separados,* aquellos que no *casan*, esto es, que no se avienen entre sí, que carecen de afinidad, que no se *aman* con el amor sublime que ampara los mundos y los defiende de la destrucción; y tales términos, no serán por lo tanto otra cosa que *residuos*, con todo y ser precisamente la vestidura material con que nos reconocemos, vestidura *excrementicia* que consti-

tuye nuestra carne, velada en su naturaleza íntima con afeites y atavíos.

¡No podríamos estar pues muy orgullosos de nuestras respectivas personalidades, si los ojos, también de carne, con que poquísimas veces dejamos de mirar, nos permitieran ser justos.

*
* *

La Humanidad occidental, semeja una multitud de barcos que pretenden navegar sin ver el cielo, con los cronómetros en desacuerdo, porque ninguno acepta el meridiano ageno, y con las brújulas desimantadas: a cualquier parte irán, a un banco, a un arrecife, a visitar la fauna y la flora submarinas; pero a donde convendría, es muy difícil.

*
* *

Caemos al mundo, como quien dice al mar, con todo el peso de la materia que nos envuelve y de la cual no pudimos desprendernos: algo aeriforme o etéreo, tal vez nos sostenga a flote en el océano cenagoso donde fuimos precipitados; pero siendo aquel «algo» insuficiente, el lastre fatal entorpece nuestra acción y la obliga a multiplicarse, a excederse, ante el peligro de hundirnos.

¡Hay que aprender pues a nadar, esto es, a dirigir bien la voluntad; pero mejor es aún, no cargar *lastre* y flotar con menos esfuerzo, esto es, evitar vinculaciones

estrechas con el mundo, prescindir de infinidad de cosas superfluas que cohartan nuestra libertad, mientras engañosamente afectan satisfacer necesidades más o menos apremiantes, y entonces, atenerse exclusivamente, si es posible, a lo que en una u otra forma pueda contribuir al progreso y a la elevación!

Toda forma, lleva en lo más íntimo de su seno, su propia razón de ser, la *voluntad* creadora que, al restringir su propia acción según modalidades infinitas que constituyen el código a que se halla sometido el Universo entero, no deja de ser al mismo tiempo el fuego expansivo, destructor por ser centrífugo, al que se debe la transformación que anula todo privilegio; y este fuego, destructor, habrá de aparecer, con vehemencia varia, en el mismo hecho de haberse atenuado o relajado, o rebasado la ley: así mismo, la caldera de vapor a gran tensión, se vuelve horrible mónstruo destructor, se trueca en azote y anatema; si debilitando las paredes contensoras, rehuimos, con la torpeza propia de la ignorancia, el amparo de la ley, de la resistencia, pues en tal caso, sale de cauce en contra nuestra el formidable poder que bien dirigido, ha bastado sin embargo, para empujar un gran trecho los destinos de la Humanidad, hacia nuevos y no soñados horizontes de progreso.

Y el agua misma, que contenía entre sus moléculas una suma enorme de ener-

gías que le trasmitió el carbón, habiéndolas recibido este del Sol, guarda a su vez, más adentro aún, es decir, más allá de las moléculas, la voluntad a que debe la existencia; voluntad que se vuelve fuego, en cuanto se manifiesta independiente: por esa razón, el hielo, si no *produce calor*, lo *expide* por la fricción, que altera su ley constitutiva en la superficie.

La inercia, es decir, aunque impropiamente, la actividad o voluntad depositada en estado latente en la materia, puede extinguirse, trasmiténdose dicha actividad de uno a otro cuerpo por contacto inmediato, en unos casos, y por el fuego, si el objeto a que directa o indirectamente fuese dirigida dicha actividad, resultase de capacidad insuficiente para contener la energía. Si abrimos un agujero de escape de escasa sección en el eslabón neumático, por ejemplo, e introducimos lentamente el émbolo; el aire saldrá llevando consigo la energía o voluntad en él depositada, sin que se perciba por señal alguna el carácter de esta fuerza, pero sí por lo contrario, empujamos el émbolo con violencia; entonces faltando capacidad al aire para contener la energía o voluntad depositada en él, se manifiesta esa energía en su forma propia más sencilla, el fuego.

Es también un modo particular de la inercia, análogamente a lo dicho, la variedad de *tendencias* o *propensiones* que el

hábito establece; esto es, la repetición largo tiempo producida, de relaciones especiales, entre tales o cuales grupos de actividades o sistemas de fuerzas, sobre la materia elemental; lo que vendría á ser equivalente. en cierto modo, a especies de *surcos* cuya atracción es difícil, cuando menos, evitar. De esto resulta algo, de importancia capital, si se recuerda lo dicho en cuanto á que lugar ocuparían hoy, al construir la estátua humana, los puñados de barro que para representar al tigre o la pantera se emplearon. Y esos sistemas de fuerzas o voluntades parciales, ¿no es natural que influyan con sus respectivas resultantes, en el sistema general de cada personalidad, ya que el fin no depende inmediatamente de la causa, sinó del medio? No serán un misterio, según eso, determinados instintos e inclinaciones; ni ciertas repulsiones o afinidades, ni ciertas extravagancias, ya sea en los caracteres, ya en las fisonomías o en los movimientos; ni tampoco resultaría un misterio, el proceso providencialmente equitativo y justo, con que el último elemento de la materia grosera puede ennoblecerse, al hacerlo su vehículo la voluntad, que es el fuego purificador.

La transmutación de los cuerpos, y en particular de los metales, fué en otro tiempo uno de los objetos a que habían aplicado sus poderosas aptitudes los sabios alquimistas; padres menospreciados, no obstante, por los modernos químicos,

que han osado ridiculizar a sus progenitores sin entenderlos, perdiendo así con devaneos, sus profundas y trascendentes enseñanzas. Se ha dicho gratuitamente, que aquellos sabios, que no lo eran de fantasía, se iban por las ramas como hacen precisamente la mayor parte de los de hoy más alejados cada vez del tronco, con su análisis exclusivo, porque dejaban de atenerse estrictamente a lo que se ha convenido en llamar *lo positivo*, vale decir la *apariencia* y concepto de las cosas, por las sensaciones que nos producen mediante los sentidos, los *cinco* sentidos cuyas revelaciones son para observadores superficiales, la expresión única precisa de la realidad: ¡no echan de ver, en su increíble ceguera, que nunca los *cinco* sentidos, dejaron de mentir!

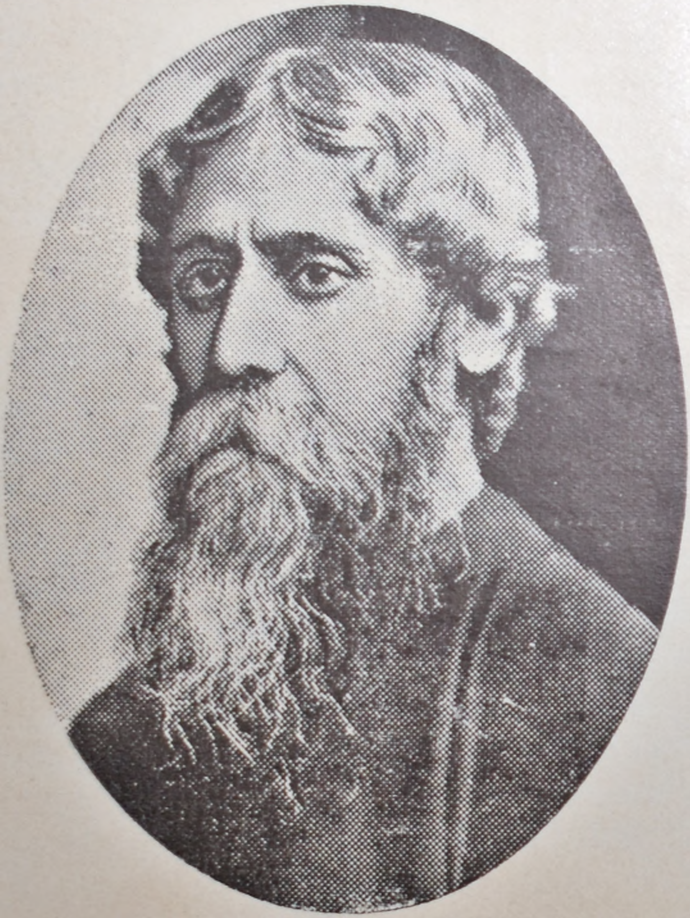
(Continuará).

LAMINA XVII



La mano derecha superior de Adda Nari

(La explicación en el número siguiente.)



Rabindranath Tagore

El premio Nobel de Literatura

Rabindranath Tagore, Místico Hindú

Un gran poeta desconocido en nuestro mundo

(Continuación)

—¿Y no recuerdas, Sahib, alguno de esos poemas?

—No hay en la India quien no los sepa de memoria, quien no los cante en todos los momentos de su vida. Ellos ayudan al

que sufre a elevarse hasta Dios; calman las penas; aumentan las alegrías; intensifican el placer del amor; son como cayado de peregrino en las manos del hombre: auxilio en la debilidad, ostentación en la plenitud de la fuerza.

—Cítame algunos.

.... No se hizo de rogar mi extraño interlocutor. Y, entrecerrando los ojos, en voz baja, como siguiendo el rítmico son de una música invisible, comenzó a cantar. Y su canto era suave, dulce, apacible. No entendía sus palabras; pero ellas sonaban dulcemente, acariciadoras como manos femeninas, con la dulzura del avelludado de las frutas maduras. El canto duró algunos minutos, mientras en el interior del cuarto la sombra se espesaba de momento en momento, poniendo un ambiente extraño sobre esa escena singular.

Terminó por fin como en un suspiro de desfallecimiento y el silencio cayó, pesado, sobre nuestro espíritu.

—Sahib—dije entonces:—necesito ahora el servicio que estabas dicidido a prestarme: tradúceme ese canto.

—Lo traía para ti, sabiendo que ibas a pedírmelo—respondió—Está escrito en mi mal francés, palabra por palabra; tradúcelo tù.

El Sahib se ha marchado y yo, solo, en la calma y el silencio de mi cuarto en

sombras, densa ya la obscuridad, mientras afuera va cayendo monótonamente la lluvia de este invierno retardado, comienzo a traducir el canto del extraño poeta lejano que surge de otra civilización para afirmar la fuerza y el poder espiritual de aquello que llamaría Nietzche la eterna vuelta: la poesía volviendo al cabo de largos siglos a su fuente más pura y más límpida.

Cae la lluvia allá afuera. La noche ha cerrado. Y mi espíritu sigue las palabras del Poeta en la traducción de su canto:

«Tú has bajado de tu trono y has llegado a la puerta de mi choza.

Yo cantaba solo en un rincón y la melodía ha llegado a tus oídos. Y has bajado hasta la puerta de mi choza.

Son numerosos los maestros del canto en tus salas, y los himnos resuenan en ellas a todas horas, pero la simple balada del novicio ha despertado tu amor. Una llorosa cantinela se confundió con la vasta música del mundo, y con una flor por recompensa. Tú has venido a detenerte junto a la puerta de mi choza.

Cuando Tú me incitas a cantar paréceme que el corazón va a estallar de orgullo. Levanto los ojos hacia tu faz y las lágrimas obscurecen mis miradas.

Todo cuanto hay de áspero y de disonante en mi vida se funde en suave armonía, y mi adoración despliega sus alas como un pájaro alegre que emprende el vuelo por encima del mar.

Sé que Tú te complaces en mi canto. Sé que son mis canciones las que te hacen admitirme en tu presencia.

Con los bordes del ala desplegada de mi canto rozo tùs piés, que de otro modo no podría alcanzar nunca.

Ebrio de la alegría de cantar, me olvido de mí mismo y te llamo amigo, a Tí que eres mi Señor!

¡Yo ignoro como cantas! ¡Te escucho siempre en silencio!

La luz de tu música ilumina el mundo. El soplo viviente de tu música corre de un cielo a otro. La sagrada carrera de tu música se abre paso a través de los obstáculos de piedra y se continúa en impulso infinito.

Mi corazón languidece al mezclarse a tu canto, pero lucha en vano para elevar la voz. Quisiera hablar, pero mi palabra no estalla en canciones y me lamento confundido. ¡Ah! Tú has cogido mi corazón en la red infinita de tu música, Señor!

Imploro un momento de indulgencia para sentarme a tu lado. Los trabajos iniciados los terminaré más tarde.

Lejos de la vista de tu rostro, mi corazón no conoce reposo ni sosiego y mi trabajo se convierte en una pena sin fin, en un océano de penas sin orillas.

Hoy el estío ha llegado a mi ventana, con sus murmullos y suspiros, y, cortesanas apresuradas, las abejas cantan su homenaje al árbol en flor.

Esta es la hora de permanecer en reposo, cara a cara ante Ti y de cantar la oferta de la vida de este silencioso y desbordante reposo.

Mi canto ha desdeñado sus atavíos. No tiene el orgullo de los adornos. La belleza ficticia turbaría nuestra unión; se interpondría entre Tú y yo; su resonancia ahogaría tu murmurio.

Mi vanidad de poeta muere de vergüenza delante de Ti, oh Maestro y Señor! Yo me siento a tus piés. Deja que haga mi vida sencilla y recta, como una flauta de caña, para que Tú la llenes de tu música.

Estoy aquí para elevar mi canto hacia Ti. Un lugar me ha sido reservado en el rincón de tu sala.

No tengo en tu mundo ningún deber que cumplir; mi vida inútil no puede hacer más que estallar en melodías frívolas.

Cuando suene la hora de la muda adoración en el templo tenebroso de media noche, ordena, señor, que comparezca ante Ti con mis canciones.

Cuando en el aire de la mañana despierte el arpa de oro, hónrame exigiendo mi presencia.

Con mis cantos te he buscado durante toda mi vida. Eran mis cantos los que me conducían de puerta en puerta y era con ellos que yo tanteaba en torno mío, ensayando el modo de alcanzar al mundo y a la vida.

Son mis cantos los que me han enseña-

do todo cuanto sé; los que me han mostrado los más ocultos caminos; los que han puesto las estrellas al alcance de mi vista, sobre el horizonte de mi corazón.

Ellos me han guiado hacia los misterios del país de los placeres y de las penas, y ¿sé yo a qué palacios me han conducido al término de mi viaje?

Que todos mis sentidos se tiendan para alcanzar este mundo que está a tus piés, en supremo saludo, Dios mío!

Como una nube, pesada por la lluvia de Julio, se desploma bajo el fardo de sus torrentes, que mi espíritu se doblegue a tu puerta, que todas mis canciones se unan en un solo cántico y se pierdan en un océano de silencio, en un supremo saludo.

Como una bandada de garzas vuela día y noche para volver a ver sus nidos en las montañas; que toda mi vida tienda hacia su morada eterna, dirigiendo a Ti su supremo saludo.»

¿Has sentido, lector, la influencia de las grandes espiritualidades desconocidas al seguir mis vacilantes pasos por la senda que abre la palabra de Rabindranath? ¿Has comprendido el por qué de esa consagración hecha por aquella academia del Norte de Europa, dejando a un lado los fáciles, ruidosos y hueros poetas de nuestra civilización, los que atruenan con sus vanida-

des y nos mienten con sus miserias pasionales?

Día grande ha sido el de hoy para mí, gracias a ese pobre hombre un día ofendido—cuya defensa tomé—quizás en el aburrimiento de no saber con qué llenar unas cuartillas de papel—pero que ha pagado con oro de enseñanzas la miseria de mi esfuerzo.

De hoy en adelante hay en el cielo de mis meditaciones una estrella nueva: el fulgor de los pensamientos puros de Rabindranath Tagore, el poeta salido de la selva primitiva de la India, para reivindicar al cabo de millares de años de lentos balbuceos, la gloria de aquellas voces que en el Mahabarata y en el Ramayana pusieron poesía sobre la vida, como un velo de oro sobre las llagas de un miserable.

JUAN MAS Y PI

Amor y Vida

(Pensamientos)

(Continuación)

Todos nosotros vemos la belleza allí donde está. El genio la ve allí donde no aparece.

—Si queréis ver más allá del horizonte, debéis cerrar los ojos, y mirar con vuestra luz propia.

—Si vuestro horizonte está cubierto de nieve, si es amplio o reducido, de apaci-

bles campos o de concurridas calles, o es la débil línea donde el cielo y el océano se juntan, deberíais recordar que podemos ver más lejos, pensar más lejos, sentir más lejos que las estrellas.

—Una mente pura no necesita premios, una mente débil no necesita castigo. La vida recta tiene su premio en el goce. El malestar y el remordimiento son mayores castigos para el injusto que cualquiera otro que los hombres puedan imaginar.

Si vuestros cielos están nébulos, cerrad los ojos y pensad en la salida del sol.

—No hay cosa como el amor paternal. pero algunos hombres son capaces de amar como las madres.

—Si la educación no nos conduce a mayor felicidad no tiene valor ninguno.

—Siempre que se pronuncia una palabra benévola, hasta los montes adquieren más explendor.

—El conocimiento es un acopio de hechos y puede ser destruído, pero la sabiduría es la quinta esencia del sentimiento, y es tan verdadera y perpétua como la eternidad.

—Acojed toda sonrisa, y acrecentaréis el fulgor del sol invernal.

—¡Cuán dúctil es el amor!

Puede abarcar el infinito, y puede verterse todo en una mirada!

—En ninguna parte podemos encontrarnos tan solos como entre las muchedumbres.

—El poeta y el enamorado comprenden las cosas en sus albores, pero el común de las gentes tan sólo las ve a la plena luz del día.

—Hacéos dignos de ser amados e inevitablemente lo seréis.

—Todo pensamiento bueno que tengáis acerca de vuestros semejantes, os enriquecerá a vosotros y a ellos.

PHILIP OYLER.

(Traducido por Carmen Mateos para *Sophia*.)

La Música Hindú

El señor Edmundo Bailly dió una conferencia en la logia de la S. T. «Unión», de París, sobre el tema: «*El Misterio de la gama Hindú y la Yoya del Sonido*». La conferencia debía terminar por la reproducción fonográfica de algunos *râgas* y *râginis*, unos *mantrams* destinados a ilustrar el asunto tratado. Como en ese momento se tuviera la buena fortuna de que se presentara una excelente cantante y tocadora de *vina*, del país Tamul, la señora Sihamoni, propuso el conferenciante, con aprobación general, que ella sustituyera al fonógrafo.

Después de una rápida exposición sobre el modo como están constituidas las escalas musicales en la India, las que en principio no se diferencian de las de Occi-

dente, el conferenciante, hizo notar el hecho de que para los niños de Bhârata, la música tiene siempre un caracter religioso; y como las fuerzas del Universo, representas por los *Deoas* y los Genios del Panteón Brahmánico, se encuentran encadenados al sonido, a una disposición particular de sonidos, a cuyo llamado no pueden evitar responder, cuando son formulados según las reglas establecidas desde millares de años, por los *Rishis* y los *Atcharyas* de otros tiempos.

Este conocimiento ha engendrado una práctica conservada en secreto por los músicos y que se llama *Yoga del Sonido*, cuya práctica es el coronamiento de toda *Yoga* puesto que ella conduce poco a poco al estudiante, a realizar su aspiración suprema; la conquista de la fuente misma de las cosas, el Verbo creador, la *Nada Brahma*. Los *Rägas* y sus consortes las *Râginas* son los instrumentos de esta conquista.

Un *ràga* es una corta fórmula melódica, construída siguiendo ciertas reglas fijas a las cuales debe su poder. Desarrollada en una especie de *rondó* que la repite y la varía a saciedad; esta fórmula viene a ser un *aire*, tal vez un poco monótono; pero no es necesario la insisiencia para poder alcanzar el fin que se desea?

Tal *râga*, *Dipack*, por ejemplo, ordena al fuego; tal otro *Maig Malhar*, á la lluvia; *Useni* provoca la tristeza, *Mohamam*

confiere la modestia; *Nilamburí* intensifica la devoción, etc.

Cuando el conferenciante cesó de hablar, su improvisada colaboradora, sentada a la moda hindu y tañendo las cuerdas de su magnífica *vina* cen arrulladora voz entonó distintas melodías, expresando fervor, la melancolía, el éxtasis y otros asuntos.

Para aquel los que de entre nosotros, cuyas existencias les habían desarrollado la comprensión, fueron esos, momentos inolvidables.

El atavío de la señora Sihamoni, el dulce timbre de su voz pura, su actitud sencilla y graciosa, parecían evocar, a los numerosos asistentes, la reminiscencia de alguna escena del antiguo *Mahâbhârata*.

(De *Le Teosophe*)

Logia Hiranya

Aprovechando la temporada veraniega, de Montevideo que tantos atractivos tiene, nos han visitado queridos hermanos en ideales.

En primer lugar, llegaron el señor Adrián A. Madril—Representante de la P. de la S. Teosófica en Sud América—acompañado de su esposa, que es Presidente de la Logia *Hypatia* del Rosario de Santa Fé.

Dada la brevedad de su visita, no han

podido ser atendidos por los teosofistas de ésta del modo que se merecen.—No obstante, hemos tenido el placer de pasar juntos algunos momentos de expansiones muy gratas.

Llegó después el ilustrado hermano Juan B. Roldán, miembro también de la Logia *Hypatia*, el que honró con su visita algunas sesiones de esta Logia *Hiranya* donde deja buenos recuerdos.

Procedentes de Treque Lauquen—población situada en la Pampa Argentina, estuvieron un mes entre nosotros, la inteligente hermana teosofista señora de La Gamma y su esposo, después de una larga ausencia.

La señora Regina Acevedo de La Gamma, ha actuado aquí brillantemente como maestra de 2.º grado y los hermanos de *Hiranya* recuerdan con cariño sus trabajos meritorios.

A invitación de la hermana Presidente de esta logia S. T. los esposos La Gamma, así como el hermano Juan B. Roldán, fueron despedidos con una comida fraternal en el comedor vegetariano del Centro Natura.

También en breve visita, la Logia *Híranya* se vió favorecida con la presencia del doctor Catalano—miembro de la Logia *Atlántida*—acompañado de su señora esposa.

Es éste, otro hermano tan inteligente como bueno y uno de los principales colaboradores y sostenedores de la impor-

tante revista *La Cruz del Sur*, de Buenos Aires, ventajosamente conocida ya en el mundo intelectual argentino.

Motivo de satisfacción para nosotros, es reseñar, aunque brevemente, estas visitas periódicas, que dan lugar a gratas expansiones y afectos. Ellas sirven para conocernos mejor y estrechar aún más los vínculos que unen a hombres que aman, sienten y tratan de realizar en la vida diaria, los mismos ideales que alientan.

*
* *

En las dos sesiones celebradas respectivamente a mediados de Enero y principios de Febrero, los temas de estudio han sido: «Lo que es y lo que no es la Teosofía» y «Lo que es y lo que no es Sociedad Teosófica».

Las ideas esenciales expuestas en dichas sesiones, no son publicadas ahora porque inspirarán próximos editoriales de FARO.

*
* *

La hermana Sra. Julia de Madril, esposa del Agente Presidencial de la Sociedad Teosófica, nuestro amigo y protector h. Adrián Madril, hallándose de veraneo en Necochea, tuvo la desgracia de que la arrojara al suelo un caballo que montaba. Parece que no fué mucho el daño sufrido y pensando en que bien pudo ser mayor, creemos del caso felicitar a la gentil dama y

estimada hermana, cuyo completo y rápipido restablecimiento, deseamos de corazón.

*
* *

Muy grata nos ha sido la permanencia entre nosotros—breve por aquello de que nunca hay dicha completa—del distinguido hermano, arquitecto don José Marsal, uno de los más firmes y activos miembros de la Sociedad Teosófica, de la Masonería y de otras corporaciones iniciáticas.

Acompañaron al señor Marsal sus dos señoritas hijas quienes quedan en Montevideo, alojadas en la Pensión Vegetariana de la Institución Natura, pues es de advertir que el hermano que nos ocupa es un ardiente convencido de la necesidad del vegetarianismo para la práctica de la vida teosófica.

Las señoritas de Marsal van a cursar estudios especiales; una de ellas para posesionarse en el acreditado Instituto Verdi, de los secretos del arte que inmortalizó a Liszt y a Rubinstein.

El hermano Marsal ha dejado una impresión imborrable entre sus amigos de ésta que aún no le conocíamos personalmente, y a su regreso a la progresista capital paraguaya ha sido portador de nuestras efusiones fraternales a los demàs dignísimos compañeros que forman allí la Logia «Destellos de Oriente».

El Dr. Falp y Plana

Nos ha causado la mas penosa impresión el fallecimiento de la personalidad que se llamó José Falp y Plana, Doctor en Medicina, insigne naturólogo y fundador y presidente de la Liga Vegetariana de Cataluña.

El Dr. Falp, aunque no estaba incorporado a ninguna asociación teosófica u ocultista y pertenecía a una familia de fervorosos católicos, veía con simpatía admirativa nuestros trabajos, cuyos fondo y forma alabó más de una vez. Por su parte contribuyó más que la inmensa mayoría de los teosofistas a la realización práctica de nuestros hermosos ideales.

Si hemos hablado de penosa impresión, no es pensando en el Ser que parte en brazos de su Karma, que será para él madre bondadosa, pues buenas fueron sus obras, y sabido es que por ellas todos podemos hacer de nuestro Karma una Isis maternal o una Némesis vengadora. Lo sentimos recordando la labor intensa de la extinta personalidad, y por lo tanto sus valiosos servicios a la raza necesariamente interrumpidos. . . . . ¿hasta cuándo?. . . . .

CONSULTORIO

A cargo del señor I. Suryaputra.—(Todo suscriptor puede preguntar lo que guste, pero se ruega lo haga con claridad y en e menor número de palabras.)

A. B.—SAN PABLO.—*¿Cuál es la verdadera misión del ser humano?*

Evolucionar y contribuir por todos los medios conducentes al mejoramiento de los demás —Para ello no hay mejor guía que una buena intención, honda y sincera. La buena intención no es una panacea para todos los confiictos de la vida, pero es el mejor remedio que está a nuestro alcance, y

sobre todo es el blindaje que ampara a nuestro carácter contra toda degradación.

Nuestras faltas realizadas involuntariamente o por error de criterio, con intención siempre encaminada al bien, podrán producir males de más o menos consideración y cargarnos con las consiguientes responsabilidades kármicas, pero jamás mancharán a nuestro carácter, y del fracaso mismo recojeremos un perfeccionamiento y una enseñanza.

En síntesis, para llegar a una máxima de fácil recordación y que pueda en lo moral servir de brújula, diremos que la misión del ser humano es «mejorarse y mejorar.»

P. S.—Asunción.—*¿Es lo mismo Espiritismo que Espiritualismo?*

—No, pues se puede ser espiritualista simplemente por creer eñ el espíritu, sin ser espiritista, y recientemente se ha iniciado una nueva tendencia espiritista que acepta los fenómenos y la supervivencia de nuestra entidad psíquica por cierto tiempo después de la muerte sin aceptar nada que se parezca al espíritu inmortal de los espiritualistas.—Entre los investigadores actuales sobre estas materias suelen llamarse espiritistas los que creen en un espíritu que se reencarna y espiritualistas los que no creen en la reencarnación, aceptando el espíritu.

Hay más espiritistas que son espiritualistas que espiritualistas que sean espiritistas, pero la inmensa mayoría de ellos coincide en la creencia de que el espíritu es el verdadero ser humano y el cuerpo una mera envoltura o vehículo de manifestación, distinguiéndose así de los psicólogos materialistas que no ven en el espíritu otra cosa que una función de la corteza cerebral.

P. S. de B.—Montevideo.—*¿Es la Teosofía una nueva religión?*

—La Teosofía no es una religión en el sentido de cuerpo dogmático o de gerarquía sacerdotal. Es la Religión en la acepción rigurosamente etimo-

lógica de la palabra que significa «unir». De ahí el primer objeto de la Sociedad Teosófica: formar un núcleo de fraternidad universal independientemente de todas las diferencias personales de creencias, de raza, de situación u otras.

Ninguna de las doctrinas enseñadas por la Teosofía o, más propiamente, por sus expositores, debe ser aceptada como un dogma, sino simplemente como una exhibición o muestrario de ideas donde cada cual toma lo que está de acuerdo con su comprensión, a manera de una gran ropería donde cada uno se viste a su medida y del color que le agrada, sin que la elección de determinado traje implique ningún disentimiento con los demás compradores.

Las religiones dogmáticas, en cambio, se podrían comparar con un uniforme de invariable medida, que todos deben aceptar, ya huelgue, ya estruje, y todo aquel que no esté conforme es un adversario del que se debe huir, o al que hay que castigar.

La Teosofía no simpatiza mucho con las inclinaciones religiosas porque ejercen una influencia sugestiva bajo la cual la mente se halla en condiciones poco favorables para la libre elección de las ideas que más convienen al grado de su desarrollo.

Más propicia es la situación del estudiante desapasionado que se acostumbra a la investigación minuciosa o a la severidad de métodos que caracterizan a las ciencias exactas, siempre y cuando no haga también de la ciencia una religión dogmática que muy bien pudiera resultar peor que las otras.